

1º CLASIFICADO

Ver, sin ser visto (Ángel Alonso Carracedo)

Plaza Mayor de Madrid, la de las cuatro centurias. Como todas las del mundo, sustantivo egregio, adjetivo magno. Fuiste reducto tertuliano de viejos de cachá con pava en labio, campo de correrías de niño, nido de buhardillas bohemias y negra leyenda ígnea del Santo Oficio. Eres orgullo de foro, edén de numismáticos y filatélicos, sustento de pícaros y avituallamiento de forasteros. No olvidas mercados y mercadillos de viandas, gangas y espumillones. Entonas, año tras año, la primera nota del villancico navideño. Ahuyentas, en tus soportales, de aguaceros y solaneras a los tuyos. Plaza Mayor, donde ver, sin ser visto.

2º CLASIFICADO

Zángano (Jesús Francés Dueñas)

Dejamos de escribir, los del grupo. “Los hijos de Rimbaud” nos llamábamos. Mi puesto en la Plaza Mayor era una silla, una mesa plegable y una Olivetti Lettera. “Solo versos tristes”, rezaba el cartel de poemas por encargo. Eso vendía. La gente venía a regodearse en su propia miseria. Los poetas malditos nos fuimos diluyendo cada uno en su circunstancia atenuante. En mi caso, llegó ella. Una agente municipal que me cerró el tenderete. Posó su boca de miel en mis labios de zángano y ya no pude escribir más. Desde que soy feliz, no me salen las palabras.

3º CLASIFICADO

Último trazo (Beatriz Poza Poza)

La niña bailaba la moneda entre sus dedos. Él, sin embargo, se acordó de cuando no lo hacía por dinero. La punta del pincel desdibujó el trazo perfecto. La sonrisa inanimada de su modelo le hizo entrar en pánico. Echó la mano al suelo para tocar el barro húmedo del pavimento. El lienzo le devolvió su retrato con dos lágrimas de tinta negra recorriéndole las mejillas. Su vetusto caballete se convirtió en estandarte del improvisado espejo. La moneda yacía ahora en el suelo, de cara. Era la niña de la Plaza Mayor, o la Parca misma, mirándole misericordiosa.



BIBLIOTECAS PÚBLICAS MUNICIPALES



BIBLIOTECAS
PÚBLICAS
MUNICIPALES

FINALISTAS

¿Quién eres Plaza Mayor de Madrid? (Florisenda María Rodríguez Marín)

Del universo de los caprichos, Cibeles, diosa de la Tierra, escapó de la pátera de plata que la ataba al mundo de los inertes. Encontró su bastión entre los arrabales de la ciudad de los mil ríos y en mí posó su corona. Bajo llave escondió un regalo: el triskelion de vida, muerte y resurgimiento. Modeló mi liza con fuego, y otorgó dones a algunos hombres para darme belleza. No faltarían pan ni fiestas, pero la muerte fue invitada necesaria. La diosa no aparta sus ojos de mi: su Plaza Mayor, vigila el triskelion. ¡Mortales: cuidado dónde pisáis!

Aquel día (María Victoria García Fernández)

Y un día ocurrió. Ocurrió en la Plaza Mayor, a la vista de todos, mientras paseábamos. Te caías desplomado, toda la gente que pasaba por allí se acercó para ayudarte. Llegaron los sanitarios y te llevaron con ellos. Yo, paralizada, sabía que nada volvería a ser como antes. Sobre todo, se terminaba el miedo. Ese miedo que nos ahogaba, a tus hijos y a mí, desde que comenzó tu calvario. Ahora, como aquel día, viendo la Plaza Mayor desde mi ventana, me siento triste y alegre, pero sobre todo culpable por haberlo deseado.

Incendio diabólico (María José Lombraña de los Ríos)

Corría el año 1631. La peste se difundía sin piedad. Muchos requerían los servicios de Carmela, una vieja hechicera judía, alcahueta en su tiempo libre. Mezclaba ciertos ingredientes para tener alejada la pestilencia, fundamentalmente ajo, lavanda, salvia, ajeno y unas hojitas de menta. Aunque la gran mayoría de personas infectadas moría, la fama de sus pociones llegó a oídos de la Santa Inquisición, que acusó a Carmela de brujería. La ejecución, prevista en la Plaza Mayor, no llegó a realizarse. La noche anterior, se declaró un incendio que duró casi tres días. Dicen que el diablo intervino en su ayuda.

Arcadia y Galatea (María Juana Aucejo Rubio)

Bajo los arcos de los soportales que bordean la Plaza Mayor, dos muchachas charlan animadamente, mientras saborean un perfumado cappuccino. Se habían conocido ese mismo día en un curso sobre El Siglo de Oro Español. Ambas deseaban saber más sobre los autores de sus nombres y así, Arcadia se alojó en un hostel en la calle Lope de Vega y Gala en la de Cervantes. La coincidencia las unió y la complicidad entre ellas surgió pronto. Su amistad era notoria. Desde un oscuro ángulo, dos sombras embozadas que contemplaban la escena sellaron la paz con un apretón de manos.

¡Madrileña por los cuatro costados! (Marta Elvira González)

Plaza por deseo de mi regio padre, en laguna desecada, solar de mercaderes nací. Mi joven madre, antaño de nombre Mayrit, necesitó de 39 años para disfrutar de mí. Mi niñez sufrió tres lenguas de fuego que marcaron mi futuro, pero salí reforzada con los cuidados de mis madrileños. He sido punto de encuentro, mercado, panadera, carnicera, escenario de ajusticiamientos, de tradicionales celebraciones, hasta inesperado cementerio de confiados pajarillos. Ajetreada Plaza Mayor. Hoy, sigo mercadera, historiadora para los visitantes y disfruto del mundo sobre estampillas engomadas y vetustas monedas. ¡Me jacto de mi veteranía, orgullosa de ser madrileña y Mayor!

La Plaza Mayor coso taurino (Fernando Sánchez Velasco)

En el coso de la Plaza Mayor se concentraban miles de personas desde el ruedo, los tejados, llenando talanqueras, tendidos, balcones y barandillas. En los tejados se apiñaban pícaros, prostitutas, mequetrefes y gente menuda. Alrededor, barreras pintadas con las armas del rey. Bajo el sol, un colorido de tapices y doseles estampaban el paisaje. La muchedumbre bullía, vociferaba, esperando la salida del quinto toro. En el balcón real de la Casa de la Panadería estaban Felipe IV y su familia. Mientras, desde otro balcón, una dama llamaba la atención agitando un pañuelo rojo ante la mirada indignada de la reina.

Dicen que la Plaza Mayor ...(M^a Lourdes Acero Espinosa)

Dicen que la Plaza Mayor está hechizada, que se escuchan ruidos estremecedores. Dicen que deambulan, a sus anchas, demonios y fantasmas, que son gritos de los reos arrastrados a la horca, o los de aquellos que perecieron en los lamentables incendios allí ocurridos. Dicen que son el incesante piar de las aves atrapadas dentro de la estatua de Felipe III. Dicen que son el vocerío del populacho excitado, clamando orejas y rabo, en las corridas taurinas allí celebradas. ¿Cómo no decir que la Plaza Mayor está encantada, si por cada una de sus esquinas transcurren cuatrocientos años de historia?



Reescribiendo la historia (Sergio Capitán Herraiz)

“El momento clave de los levantamientos del 2 de Mayo se produjo en la Plaza Mayor. Así, cuando el ejército francés parecía tener todo controlado, cobró vida la estatua de Felipe III. Desde el mismo centro de la plaza, llamó a aquellos que estaban parapetados en la esquina suroeste, bajo el Arco de Cuchilleros, y les mandó disparar bocadillos de calamares ardiendo a los franceses, que no tuvieron otra opción que batirse rápidamente en retirada...” Juan, con esta respuesta no puedo aprobar el examen de historia. Pero creo que en literatura tendrás un diez...

Un minuto de silencio (Carolina Saavedra Cupeiro)

La Plaza Mayor enmudece. La sonrisa del mimo se convierte en mueca. Decenas de globos escapan de las manos de sus dueños, pintando el cielo de burbujas de color. El acordeón deja de sonar con un último lamento. Los turistas abandonan los calamares en sus platos y las cervezas se congelan en el aire. Cientos de ojos están clavados en el centro de la plaza, donde un jinete descabalgaba intentando pasar desapercibido.

Pompas de jabón (Lucía Alcázar Lara)

Caminaba por la Plaza Mayor con la mirada puesta en el suelo, odiando mi vejez solitaria. Todo me parecía feo, sucio y gris. De repente, tropecé con alguien y caí al suelo. Al levantar la vista, mis ojos se toparon con la plaza dentro de una pompa de jabón. Sonreí como un niño y, al hacerlo, olvidé mis penas. Cuando la pompa explotó, un joven me alargó un artilugio para que yo misma hiciera otra pompa. Metí en ella a un mago, a un músico y a un caricaturista.

Desde la eternidad de mi sombra (Antonio Blázquez Madrid)

Mi sombra permanece bajo el Arco de Cuchilleros. Después de 400 años esta Plaza Mayor me sigue pareciendo familiar, a pesar del cambio de sus gentes. Durante siglos, he podido ver entre sus muros corridas de toros, beatificaciones, coronaciones y también algún auto de fe. A veces, me alejo de este rincón que me pertenece, como cuchillero real que fui, y recorro los soportales y los arcos que los mantienen, para verla desde todos los frentes, y agradecer la eternidad que algún dios ha dado a mi sombra, y que me permite seguir disfrutando de esta monumental plaza de Madrid.

El mimo (Joaquín Muñoz Calero)

El sol pega muy fuerte y el suelo arde, pero me siento ciudadano en este mundo, un mundo cuadrado con diez puertas abiertas que desconoce la prisa. A veces, fija sus ojos en mí, ojos vacíos de rencores y repletos de vida; jóvenes parejas de razas distintas y niños con globos en brazos de ancianos que recuperan sonrisas. Me lanzan monedas y entonces me muevo; lanzo un “¡Viva la Plaza Mayor!” que rompe mi pétreo silencio, mientras me duele ese mundo exterior donde las miradas se apagan y los saludos se pierden sin que nadie diga o haga nada.

Emboscado (Luís Martín Domínguez)

Protegido por los soportales de la Casa de la Panadería, espera paciente la llegada de su víctima. La luna llena arranca destellos del agua caída en la Plaza Mayor durante la tarde. Su sombra embozada huye de la luz de los hachones colocados en las columnas de las arcadas. El objetivo avanza desde el Arco de Toledo. El blanco resplandor lunar lo delata cuando se aproxima. Un escalofrío recorre su espalda al tocar la daga en su costado. Cuando va a iniciar el ataque, siente el frío acero atravesando el jubón y penetrando en sus riñones. Suenan doce campanadas.

El ritmo de sus tacones (María Belén Adán Melendez)

Mis pies sellados al suelo adoquinado. Mi cuerpo petrificado, compitiendo con la estatua ecuestre, protagonista absoluta de la Plaza Mayor. La esperanza de verla se evaporaba, aumentando la certeza de que sus cartas habían escupido amorosas palabras que componían una amarga farsa. Taciturno, me dispuse a arrastrar mis pasos hacia Puerta Cerrada. Ahogaría otro desengaño más con castizo licor de madroño. Reconocí aquellos tacones presurosos en el seco empedrado. Entre sollozos y risas, farfullando un argentino incomprensible, se acercaba pidiendo clemencia por su retraso. ¡Qué pelotudez!, se había confundido de plaza, de caballo y de rey. La besé, era adorable.

La violinista (Alfredo Fornas Pallarés)

Por la Plaza Mayor pasas cada mañana, con tu violín y tu vestido de luz. Sin moverme, te sigo con la mirada y luego con la mente. Te imagino en el Retiro, tocando para mí en una barca, o en el Prado, atrapada en un lienzo hasta que te libero con un beso. Los mimos aprendemos a evadirnos. Hoy, una paloma se posa en mi cabeza y me miras; me sonríes. Permanezco quieto y siento que el maquillaje enrojece. Te acercas y tocas a mi lado. La música quiebra el espacio-tiempo y flotamos juntos en la laguna de Luján.



Enero (Adolfo Sanz Martínez)

Escondido detrás de una columna de los soportales de la Plaza Mayor, escuchó el choque contra el empedrado del cierre metálico del local. Abrió la navaja que llevaba en la mano. Debía ser rápido y certero; sabía que tendría que pelear. Miró a ambos lados y salió en busca de su botín. Los demás también aparecieron de repente, pero se quedaron inmóviles al ver el arma. Agarró las cajas de cartón y regresó a su escondite, preparado para pasar otra noche de invierno a la intemperie.

Varados (Santiago Eximeno Hernamperez)

Cuando el cielo está despejado, los marineros jubilados navegan por las calles de Madrid hasta que, exhaustos, encallan en las terrazas de la Plaza Mayor. Allí, dejan pasar las horas contemplando la deriva de los turistas de agua dulce, entre estatuas humanas y caricaturas esbozadas. Después, cuando cambia el viento y se levanta el frío, recogen velas y vuelven a la soledad del hogar. Allí, esperan la visita de sus hijos, jóvenes grumetes que se sumergen en un interminable mar de excusas para no acudir a puerto. Los nietos, conscientes de su propio futuro, se dejan mecer por las olas.

El intruso (Trini Pestaña Yánez)

En los adoquines de la Plaza Mayor, confundido entre cáscaras de pipas y envoltorios de caramelos, el polluelo logró recordar que picoteó el cascarón hasta romperlo y que llamó a su madre. Su madre le miró, se sacudió las alas, abrió el pico y, de su garganta, emergió un crotoreo que estremeció la mañana. Un segundo después, sintió que se precipitaba al vacío. En el reloj de la torre de la Casa de la Panadería, sonaron doce campanadas tristesísimas que acompañaron su agonía, mientras la cigüeña se preguntaba cómo había ido a parar a su nido un huevo de paloma.

Sudor frío (Miguel Ángel Moreno Cañizares)

Me veo, en mitad de la madrugada, sobresaltado por un sonido de llaves que me provoca un sudor frío atravesando todo mi cuerpo. Tardo unos segundos en advertir que me encuentro en el penal y que hoy es el día de la sentencia. Aún desconozco si será a garrote, horca, cuchillo o hacha. Tiemblo. Me acurruco sobre el catre, mientras los pasos se oyen cada vez más próximos. Acaban tras el portalón y, pronto, acompañaré a los carceleros ante el verdugo. El amanecer me descubre el emplazamiento emblemático de la ejecución. Estoy en la Plaza Mayor, donde despierto del sueño.

El orden de los factores (Gustavo Eduardo Green Sinigaglia)

Cayó la larga escalera y quedó desparramada en el piso de la Plaza Mayor, desarmada, con sus escalones mezclados. El hombre intentó recomponerla. Del primer armado, concluyó que había cometido algún error, al comprobar que, cuando subía, en realidad bajaba. Trató nuevamente y probó el ascenso. Empezó con fluidez, hasta que se detuvo en un peldaño, inmovilizado, sin poder seguir ascendiendo. Armó y desarmó, pero nunca pudo encontrar el ensamble original. Confundido y exhausto, llegó a la cima. El hombre tomó conciencia de que había ascendido por casualidad. Entonces, supo que nunca podría volver a bajar.

En el centro (Federico Ocaña Guzmán)

Colocó la cámara en el centro de la Plaza Mayor y se alejó, a la espera de que el mecanismo automático se accionara y saltara el flash. Esa sería la señal para sonreír y mirar al objetivo. Después, volvería al centro, recogería el aparato y comprobaría el encuadre, el contraste, la blancura de la sonrisa y el efecto de la luz sobre sus ojos y su piel. Mientras esperaba, miraba las partes de la plaza y se dejaba llevar por los detalles y las escenas que tenían lugar en ella. Salió, finalmente, con los ojos cerrados: estaba soñando.

Mujer (Agustín Jiménez Peñas)

Quedé en la Plaza Mayor por su proximidad al domicilio. Miento. Mi novio no había cambiado y seguía siendo violento. Quedé en la Plaza Mayor porque pensé que, en su alegre ambiente, me sentiría protegida y a salvo de él para decirle que lo nuestro no podía ser. Que no quería aguantar ni permitir otro golpe más. Que tenía derecho a vivir mi vida feliz. Y así se lo dije. No se lo tomó bien: me insultó, empujó y pegó...hasta que la Plaza me rescató: rodeándonos la gente de Madrid, me separaron y abrazaron para gritarle: "¡No, amigo, así no!"

El pajarillo y Felipe III (Eduardo Sagaseta Jiménez)

¡Bum! Explotó la estatua. El jinete real voló, desviando mi trayectoria. Aturdido, repasé, inconsciente, secuencias de mi vida. Cuando rompí el cascarón. Cuando mi padre me empujó del nido. Cuando movía las alas, reflejándome en el Mercado de San Miguel. Mi primera y única nidada. El pitido de mi cabeza iba desapareciendo y la polvareda se desvanecía. Recordé con nitidez los consejos maternos que creía cuentos chinos: "Cuidado, el caballo de la Plaza Mayor se traga pajaritos incautos como tú". Ahora, tras caer un despiece equino, sorprendido e incrédulo, veía volar multitud de plumas junto a livianos huesecillos de gorrión.



Destino errante (Blanca Armenteros Martín)

Vengo a despedirme. La vida me lleva errante a otro destino. Es necesidad, no capricho; bien lo sabes. Mírate; estás preciosa. El traje elegido para la conmemoración te favorece, resalta la sencillez de tus líneas. ¡Ni la humedad en mis ojos es capaz de velar tanta belleza! No he partido aún y ya te añoro, pero volveré, todos lo hacemos. Mientras, evita dar demasiada conversación a Felipe, que no te crea solo suya. Ya sabes lo engreído que, a veces, se muestra desde su pedestal. Que no olvide nunca quién le puso ahí. Adiós, mi querida Plaza Mayor. ¡Cuídate mucho!

Nombres de Madrid: Plaza Wang (Domingo Jiménez Lacaci)

En 2417 el alcalde Abdul García Wang tomó la polémica decisión de convertir la Plaza Mayor en un Huerto Escuela para que los niños conocieran las plantas extintas de las que se habían alimentado sus tatarabuelos. Se generaron sintéticamente las semillas más habituales: *lentejaranja*, *frikiwi*, melón *Trump*, etc. Pero al excavar no dejaba de aparecer celulosa mezclada con tabaco, figuritas de niños-dioses con mamíferos extinguidos y calamares momificados. Como todo debía ser catalogado, Wang, harto de trifulcas en los Plenos, decidió taparlo todo y dejar que se viviera con la memoria de la actual papilla de algas transgénicas trituradas.

El bucle (Rocío Stevenson Muñoz)

Descubrí el bucle dos años atrás. Fue casualidad. Había paseado en multitud de ocasiones por la Plaza Mayor, sin hallarlo. Aquella mañana, sin embargo, me detuve, por alguna providencia del destino, en aquel punto concreto. Me vi propulsado, de pronto, a otra época en la que el esquema ordenado y elegante de la plaza ya no existía. En su lugar, se agolpaban viviendas y comercios sin orden ni concierto. Hoy visito el bucle de forma regular. Como especialista a nivel mundial del Madrid del siglo XVI, debo mantener mis conocimientos en permanente actualización.

La cita (José M^a Tarrafeta Montoya)

He quedado con ella en la Plaza Mayor, junto al caballo. Me reconocerá, llevo una libreta en la mano. Es la hora mágica, ¿cuál si no?: el crepúsculo, cuando se mezclan realidades y sueños. ¿Será aquella? Rubia, lánguida, como una antigua cantante francesa. Mira hacia mí, agito mi libreta en vano. Se abraza a un tipo vulgar. Entre las vaharadas que suben desde el subsuelo, aparece una muchacha desorientada. Camina insegura sobre sus tacones altos, luchando con los adoquines irregulares. Se acerca entornando los ojos. Se sienta a mi lado, se descalza y me sonríe. Es ella, la inspiración.

